

RAICES HISPANICAS DEL EL SALVADOR

Pedro Antonio Escalante
Academia Salvadoreña de la Historia

El 15 de septiembre de 1821, el antiguo reino de Guatemala se declaró independiente de su metrópoli, una metrópoli cansada que veía con frustración cómo se le escapaba su propia América española. En la Nueva Guatemala de la Asunción, los signatarios reunidos estampaban su firma en un documento que las circunstancias habían apurado. Las noticias de México eran alarmantes y esperanzadoras al mismo tiempo, y la atmósfera del momento estaba imbuida de aires imperiales y anexionistas en su gran mayoría, excepto por el empecinamiento de un par de ciudades que hasta el final no cederán en su reticencia al emperador Agustín de Iturbide.

La Independencia había llegado a Centro América sin derramamiento de sangre, sin combates, ni luchas, excepto la ideológica y la subversiva de motines localizados en varias poblaciones del reino, pero pronto controlados. Será a raíz de la anexión al Imperio mexicano que la fusilería comenzará a sonar, y no nos va a abandonar por muchos años, para convertirse en la marcha fúnebre de la Federación y dejarnos fragmentados en cinco estados salidos de la misma matriz, la real audiencia, gobernación y capitanía general de Guatemala.

Es tal vez porque no le costó a Centro América su Independencia, que tan fácilmente cayó en las redes de los odios y rencillas entre las ciudades y sus grupos de poder. La prudencia de algunos y el joven concepto de nación con autonomía, sin pena dejó paso a la estrechez de los resentimientos regionalistas, con criollos y mestizos debatiéndose entre sus intereses, sus ambiciones y sus grandilocuencias miopes y parroquiales. No se le dio oportunidad seria, viable y duradera a lo que era tan nuestro, una Centro América unida, herencia de España, que fue la que la formó en 1542, al crearse por Carlos V la real audiencia y cancillería de Los Confines, con un parecido territorio al de 1821, excepto las desmembraciones administrativas y jurisdiccionales ocurridas en el siglo XVI.

En su origen, la audiencia de Los Confines tuvo términos muy amplios. Por el norte Tabasco, Chiapas, Yucatán y Cozumel; por el sur Nicaragua, Costa Rica y Panamá; en el centro, Guatemala, las comarcas salvadoreñas y Honduras, donde se estableció la sede, primero en la villa de Santa María de la Concepción de la Nueva Valladolid de Comayagua, luego en la ciudad de Gracias a Dios, de donde fue trasladada en 1549 a Santiago de Guatemala, el enclave español más importante del distrito asignado por las Ordenanzas de Barcelona, o Leyes Nuevas, de 1542 y 1543. A finales del siglo, la audiencia se redujo a Chiapas, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Guatemala, ésta incluyendo el presente El Salvador, cuya personalidad jurídica y de gobierno estuvo unida a ella, hasta que el régimen de intendencias y los lincamientos de la constitución de Cádiz, de 1812, le otorgaron una existencia autosustentada de cara a la modernidad.

El Salvador quedó pequeño, pero siempre así lo fue. La república actual es el conjunto de dos provincias, San Salvador y Sonsonate; la primera con cabecera del mismo nombre, alcaldía mayor y luego intendencia; la segunda alcaldía mayor hasta 1821, con capital en la villa de La Trinidad. El Salvador es un producto hispánico, con sus propias circunstancias históricas y su razón de ser. Si el país ha afrontado el destino con fronteras tan reducidas es porque así nos dejó la historia, y su explicación es por haber sido dos provincias abundantes en riquezas del agro, con tierras feraces y generosas, donde el trabajo se impuso desde los albores del reino, con envidiable tesón y ánimo estoico. En los tiempos de España, decir San Salvador y Sonsonate en la audiencia de Guatemala, era sinónimo de agricultura y comercio, de incesante ir y venir, de faenas sin fin bajo el sol del bajo centroamericano.

La historia salvadoreña -dejando lo precolombino en su particular contexto-puede dividirse en tres etapas, cada una alrededor de un principal producto

agroindustrial: el cacao, la tinta añil, y en lo contemporáneo el café. La era del cacao comprende desde el descubrimiento del territorio hasta principios del siglo XVII, incluida la conquista española, la pacificación y el poblamiento. Desde inicios del siglo XVII, hasta mediados del siglo XIX, es la era de la tinta añil o índigo, con el período de vida institucional de las provincias bajo los Habsburgo y los Borbones, después viene la Independencia y los años de la república federal. Y ya promediando los años cincuenta del XIX, el café se va imponiendo hasta volverse centro del desarrollo republicano, con todas sus vicisitudes y logros, sus éxitos y fracasos.

El cacao y el añil fueron EL Salvador español, cuando las provincias hispano-salvadoreñas estaban inmersas en la gobernación guatemalteca, audiencia pretorial del virreinato de Nueva España, con suficiente autonomía como para llevar su existencia con particular rostro. Ambos productos tuvieron su período de gran auge en estas apretadas tierras, tras los montes de Honduras, a orillas del mar del Sur, que no obstante sus dimensiones fueron por periodos un pequeño Potosí, lo que las marcó para el futuro.

Y por el mar del Sur comenzó todo. El primer ímpetu descubridor no fue por el Caribe, sino por el Pacífico y desde Panamá, mientras el conquistador y fundacional vino desde México dando lugar a la creación de la ciudad primigenia de San Salvador, con este nombre que recuerda alguna pequeña ermita en un camino de España. Así entra esta región a la civilización cristiana y occidental, asentada sobre la base pétreo y milenaria de altas culturas aborígenes: una maya muy antigua al occidente y norte del país, la de los pueblos lenca al oriente, emparentados con otras etnias del sur centroamericano y hasta con los chibchas de Colombia; mientras los nahua-pipiles señoreaban al centro y al poniente, al imponerse a las poblaciones mavoides, y eran portadores y difusores del extraordinario vehículo de comunicación mesoamericano, el idioma náhuatl. El idioma madre de El Salvador, donde conservó raíces primitivas que lo diferenciaron del náhuatl mexicano, más evolucionado por los amplios y dilatados horizontes de su geografía y civilización, a diferencia de las regiones nahuas de Centro América.

En 1522, el piloto Andrés Niño se separó de la expedición de Gil González Dávila, quien se internó en las futuras Costa Rica y Nicaragua con un pequeño ejército, y el primero se dirigió a recorrer por mar el litoral del Istmo. Habían salido de Panamá con privilegio real para descubrir tierras e incorporaron a la región en la cartografía del Nuevo Mundo. Andrés Niño, con sus carabelas, reconoció las costas y bautizó lugares con los primeros nombres

castellanos. En Nicaragua, llamaron a una bahía La Posesión, luego al golfo de Conchagua lo bautizaron como golfo de Fonseca, en honor del presidente del Consejo de Indias, fray Juan Rodríguez de Fonseca. Desembarcaron en una isla que nombraron Petronila, por una sobrina del poderoso fraile Fonseca, ya en comarcas hoy salvadoreñas. Luego mencionaron un río Grande y un río de las Marismas, y a una parte de la costa la llamaron el Rostro Fragoso, cpe coincide con la actual costa del Bálsamo. El Rostro Fragoso sería el primer nombre español que tuvo una porción de El Salvador. Niño navegó hasta aguas del Tehuantepec mexicano, de donde se volvió. Los indígenas no olvidaron haber visto en el océano esos monstruos marinos.

En junio de 1524 irrumpió Pedro de Alvarado con sus tropas de españoles e indígenas auxiliares, tlaxcaltecas, mexicas, cholultecas, acolhuas, junto con cakchiqueles de Guatemala. Fue la primera expedición de conquista en las comarcas que en su conjunto llamaron Cuzcatlán, por el nombre del más importante conglomerado de indígenas nahua-pipiles. Por la parte conocida como Los Izalcos se internaron hacia el afamado Cuzcatlán, después de recorrer un rosario de pueblos abandonados y librar batallas. En Cuzcatlán la suerte no les favoreció. Luego de haber sido desalojados de sus territorios, desde las serranías en donde se refugiaron, los nahuas opusieron tal resistencia que a Alvarado no le tocó más que regresar a Iximché, capital de los cakchiqueles. de donde había partido. El 25 de julio funda allí la villa del Señor Santiago, muy pronto ciudad, la primera localización de Santiago de Guatemala.

Centro América, Guatemala, El Salvador y Honduras son las tierras alvaradianas. El recuerdo del adelantado don Pedro está presente en las páginas iniciales del primer período de la historia hispánica. Alvarado fue el héroe. Odiado o admirado, nadie es indiferente a él. Recorrió el panorama de la primera mitad del siglo XVI como el ángel exterminador, verdugo de las etnias indígenas y férreo e implacable emisario de Castilla. Jamás dejó de ser un aventurero de altos vuelos y un quimérico soñador, nunca fue un cumplido gobernante de las regiones que se le dieron para que ejerciera la autoridad. Pista tarea la dejó para otros, mientras él, una vez alcanzada una pacificación y poblamiento, estaba en preparaciones de otra expedición. La del Perú, en 1535, rae un absoluto fracaso. Tuvo que venderla a Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y allá en el mundo quechua quedaron cientos de indígenas centroamericanos, junto con tlaxcaltecas y miembros de las tropas auxiliares. Todavía se encuentran vestigios de ese desatino de Alvarado de poner nombres nahuas en el norte perua-no, que aparecen desconcertantes en un ambiente lingüístico totalmente extrar como la ciudad de Jequetepeque, al norte de Trujillo.

La segunda armada, la de 1540, la de las islas de las Especierías fue -su necesidad-. Salió del puerto salvadoreño de Acajutla dispuesta a cruzar el Pacífico en dirección a las Molucas y disputárselas a Portugal. Pero todo terminó en el puerto de La Navidad, en México. Al poco tiempo, por ayudar a combatir un levantamiento, Alvarado murió en Guadalajara, a consecuencia de una caída en el peñón de Nochistlán, en Jalisco.

A todo esto, en tierras de Cuzcatlán, ya se había fundado en abril de 1525 la primera villa de San Salvador. Esta fue todo un enigma pues aún se sabe muy poco, pero fue presumiblemente establecida por Gonzalo de Alvarado, hermano del adelantado. Pronto despoblada por la sublevación general de los aborígenes que hizo rabia en 1526, será hasta el 1 de abril de 1528 que Diego de Alvarado, primo de don Pedro, la refundará con todas las formalidades y necesidades de la vida urbana. De 1528 a 1545, la villa de San Salvador estuvo en el mismo lugar, pero por autorización de la audiencia de Los Confines fue trasladada a su ubicación actual. Y aquí, en el solar del San Salvador del presente, recibió su título de ciudad, según real provisión del 26 de septiembre de 1546, dada por Carlos V, firmada por el príncipe don Felipe.

San Salvador será el embrión del país. Tres veces fue establecida, primero como un pequeño campamento de fortuna, que no resistió el embate de los levantiscos nahua-pípiles, después como una población de mayores perspectivas, pero en un valle pequeño desde el cual pronto buscó más aliento y espacio, por lo que se trasladó a las inmediaciones del gran volcán. Así fue la tónica general en la Mesoamérica española, siempre como un desafiar al panteón prehispánico y a las míticas deidades de las entrañas telúricas. San Salvador tenía un horizonte físico más prometedor, pero si bien era un desafío permanente y consciente a las bocas eruptivas volcánicas, serían las fallas tectónicas las que iniciarán para la joven ciudad una camándula permanente de penas. Aunque el volcán estuviera callado, los terremotos aparecerían pronto con ingrata regularidad. Ya en 1575, San Salvador era destruida, y así sería a lo largo de su historia. Ha sido una ciudad obsesionada por el futuro, porque los elementos destructores le han negado su pasado, y cada vez hay que reconstruir, seguir adelante y echarle ganas a la vida.

San Salvador llegó a tener considerable población, en un principio fue residencia de encomenderos. En 1577 se convirtió en cabecera de alcaldía mayor, con jurisdicción sobre todo el moderno El Salvador, excepto la región donde ya existía la alcaldía mayor de Sonsonate. La arquitectura inicial de San Salvador fue ajustada a la de los tiempos, es decir gruesas paredes de adobes y

manipostería, casas amplias, iglesias sencillas y bajas, con sus artesonados mudéjares, y torres y campanarios que se desploman cuando la tierra baila con cólera. El trazado original a damero, igual que todas las poblaciones de Hispanoamérica, lo que nos hermana y nos identifica íntimamente, partió de la plaza de Armas hacia los cuatro puntos cardinales. Para las ciudades centroamericanas se ha señalado el antecedente próximo del plano urbanístico de Natá de los Caballeros, de 1522, desarrollado por Pedradas Dávila, en Panamá, así como el de México-Tenochtitlan. Además de la plaza de Armas se dejó otro espacio abierto frente al convento de los dominicos, la plaza de Santo Domingo, la primera orden religiosa que abrió casa en la ciudad, seguida por los franciscanos y los mercedarios.

Cada 6 de agosto y su víspera era el paseo del pendón real en San Salvador, con una especial vanante, que tras la insignia de la monarquía católica iba la espada de Pedro de Alvarado, guardada en el barrio de los Mexicanos, el asentamiento de indígenas tlaxcaltecas y mexicas que desde un principio se le dio a la ciudad para resguardarla. En 1557, San Salvador por primera vez juró a un rey, el monarca Felipe II.

Obligado lugar de paso por el Istmo, con el correr del tiempo, San Salvador será la segunda ciudad en importancia en el reino. Aunque más utilitaria que de privilegios, pues no dejará de tener siempre el carácter de un complemento cercano de Santiago de Guatemala, y el desgarramiento de ese nexo tan próximo y visceral se convertirá en una de las varias causas del fracaso de la Federación en el siglo XIX. En 1530 se funda la villa de San Miguel de la Frontera, en el oriente de San Salvador, que Pedrarias Dávila, ya como gobernador de Nicaragua, disputaba a la gobernación de Alvarado. A principios de ese año, tropas españolas llegadas desde León de Nicaragua trataron de apoderarse de San Salvador y sus tierras orientales. La nueva villa de San Miguel nació en sitio convulso, donde los indios lencas no cejaban en su rebeldía y los levantamientos se extendían hasta las montañas hondureñas.

Mientras por intensos lapsos la vida agitada de las dos poblaciones españolas salvadoreñas transcurría con sus intrigas de cabildo, sus encomiendas y tareas del diario bregar, en la parte de Los Izalcos, muchos mercaderes peninsulares estaban asentados de manera irregular en los pueblos indios donde bullía la mayor riqueza de esos años: el cacao, la cornucopia que la campiña ofrecía sin esfuerzo, porque ya estaba cultivado allí desde antes.

El cacao era tanto moneda corriente como una bebida muy apreciada, en especial por las élites indígenas, por ser un producto de mucho valor. Los grandes cacaotales que habían surtido al imperio azteca eran los del sur de Chiapas, en el Soconusco, pero pronto decayeron a inicios de la colonización y surgieron otros más fructíferos como los del sur de la provincia de Guatemala y éstos de Los Izalcos. Cacaotales hubo en muchos lugares, como en Honduras y Nicaragua, pero fue en Los Izalcos donde los niveles de producción alcanzaron cifras asombrosas, a pesar de que el área cultivada fuese muy reducida. Además pronto hubo la facilidad de su exportación por el mar del Sur a través del puerto de Acajutla, habilitado por Pedro de Alvarado. Y desde Acajutla comenzaron a salir los embarques de cacao al norte, hacia el puerto de Huatulco en las costas de Oaxaca, y más adelante a Acapulco. La parte izalqueña fue una maraña de problemas, donde la codicia estaba a la orden del día ante la expectativa voraz de una ganancia fácil y expedita. En Los Izalcos estaban parte de los cacaotales más ricos del Nuevo Mundo, y el dinero corría a su gusto y discreción. Indígenas de las tierras altas de Guatemala y, de Honduras comenzaron a llegar a buscar trabajo a los cacaotales izalqueños, cuya mayor parte estaban en manos de los naturales del lugar. Eran los conocidos como indios alquilones, los primeros trabajadores trashumantes de la época colonial en Centro América. Iban a Los Izalcos a ganar su sustento y lo necesario para sus tributos, para vivir más holgadamente. Por supuesto, los encomenderos dueños de esos tributos de pueblos de cacao en El Salvador, tenían asegurada una fortuna y una posición preeminente en el alto estrato social.

La zona cacaotera, donde corría buena plata acuñada y toda clase de productos llegaban a trocarse por las codiciadas almendras, seguía siendo centro de abusos y desafueros. Las autoridades de Santiago de Guatemala decidieron entonces poner cada cosa en su lugar, a los indígenas y a los comerciantes europeos y criollos en sus respectivos pueblos. En 1553, el gran presidente reformador Alonso López de Cerrato ordena fundar una villa para los mercaderes. Surge la villa de La Trinidad, que llegó a ser alcaldía mayor antes que San Salvador debido a la importancia inusitada que le dio la comercialización del cacao.

Trazada a orillas del río Cenzúnat, o Sensunapan, por lo cual unirá su nombre al de Sonsonate, la villa de La Trinidad se hizo famosa porque allí pasaban hombres de todas clases y comportamientos. Los cacaotales le dieron nom-bradía y los mercaderes arribaban atraídos por los negocios; algunos eran miembros de la pequeña comunidad portuguesa sefardí de la ciudad de México. Los barcos fondeaban en Acajutla, no sólo provenientes de la Nueva Es-

pañá, sino del Perú y de Panamá. Junto con El Realejo, en Nicaragua, Acajutla se volvió el puerto más visitado de esta porción del mar del Sur.

Pero aquello se vino abajo. Las pestes diezmaron a los indígenas, el cacao comenzó a cultivarse en la región de Guayaquil, luego en Venezuela y posteriormente en la parte atlántica de Costa Rica; las tierras ancestrales se cansaron de producir esa bonanza y la Corona impuso castrantes restricciones al comercio entre los virreinos por el Pacífico desde 1604. Esto por el temor de España de que la plata peruana afluyera a México y a Filipinas, pues el galeón de Manila ya hacía su viaje regular anual desde el lejano oriente hasta Acapulco, en una de las más sorprendentes aventuras de la historia. Acajutla, La Trinidad de Sonsonate y San Salvador sufrieron en lo profundo la casi aniquilación del tráfico mercantil por el mar del Sur. Sin embargo, éste se reanuda en una mínima expresión por medio de naves autorizadas, que desde el Perú traerán plata y diversos productos, como los ansiados vinos, que tanto se combatieron porque rivalizaban con los vinos más caros llegados desde la Península, por el sistema de flotas del Atlántico. Una producción salvadoreña que los barcos peruanos llevaban al virreinato del sur era un bálsamo propio de estos lares, muy útil en medicinas y perfumes, que la Iglesia autorizó usar como crisma en los sacramentos, que recibió el nombre de bálsamo del Perú, pero que sólo era extraído en los bosques de El Salvador.

Cuando la decadencia cacaotera era ya una realidad, un nuevo cultivo anunciaba apresuradamente su importancia, la tinta añil procedente de la hierba xiquilite, un colorante conocido en los siglos prehispánicos que daba un azul intenso. Muy pronto se supo de él como un probable sustituto de los colores vegetales europeos y asiáticos. En 1558 una real cédula pedía se informara a la corona sobre esta tinta, o índigo, y que se enviaran muestras a la Península. El auge del añil fue rampante y por 1575 puede situarse el comienzo de la industria añilera en Centro América. Donde primero se hizo notar este maravilloso tinte azul fue en Nicaragua, pues Gonzalo Fernández de Oviedo lo menciona en el Sumario de la natural historia de las Indias, editado en Toledo en 1526. Más tarde, en 1569, Bernardino de Sahagún va está hablando del xihquiliti o xiquilite en México. El añil será la indiscutible riqueza del reino de Guatemala, tan pobre en minas y el máximo centro productor de tinta será la provincia de San Salvador. Uno de los primeros obrajes de índigo se organizó por 1580 en términos de la villa de La Trinidad de Sonsonate, perteneciente a Juan de Mestanza Ribera, alcalde mayor que fue de la jurisdicción. Mestanza fue un poeta amigo de Miguel de Cervantes, quien lo menciona en La Galatea y en El viaje del Parnaso.

El xiquilite podía crecer en cualquier lado, era propio de tierras calientes, y bastaba un nacimiento de agua o un río para procesarlo y lograr la fermentación de las hojas por un conjunto de pilas, donde quedaba el sedimento que luego se secaba al sol en estas rudimentarias plantas industriales llamadas obrajes. En un principio fue usado el sistema de canoas hechas de troncos de árboles, pero luego se adoptó la rueda movida por la corriente de agua; el mecanismo hidráulico batía la masa acuosa para la oxidación de los residuos que había despedido la hierba. Por 1620, en las cercanías de San Salvador se contaban más de doscientos obrajes. Pero donde la tinta logró su mejor calidad y fineza fue en la región de ciertos pueblos indígenas, donde en 1635 se fundó la tercera población de españoles del país, el pueblo de San Vicente de Lorenzana, elevado a la categoría de villa en 1658 con el nombre de San Vicente de Austria.

Así como La Trinidad se creó para reconcentrar mercaderes de cacao, la villa de Austria surgió para reunir a familias criollas y peninsulares dedicadas a la producción de tinta añil, que estaban viviendo en esos pueblos indígenas, a pesar de las leyes que lo prohibían.

El añil definió el cuadro económico de las provincias salvadoreñas. San Salvador fue la más dedicada a estas faenas de obrajes, y también la de Sonsonate, aunque no llegaría nunca a los niveles de la primera. Todavía quedaban resabios de cacaotales y esto no dejó que la tinta reinara con vehemencia. Para los indígenas, el obraje de índigo significó un peligro para su salud por las características peculiares del trabajo. Las aguas residuales y el bagazo del xiquilite producían bandadas de insectos perniciosos y apuraban pestes y enfermedades, a las que los naturales eran en particular sensibles. En 1581 y 1583 se prohibió contratarlos para estas labores y se ordenó que la mano de obra fuera mestizos, negros y mulatos. Sin embargo esta medida jamás se cumplió a cabalidad y siempre hubo maneras de servirse de los indígenas, con sobornos a la autoridad y jueces de obrajes. Este trabajo causó un verdadero resquebrajamiento de las comunidades aborígenes, no sólo porque de una manera u otra iban sus miembros a trabajar en la faena de la tinta, sino también porque el obraje fue centro de comercio e intercambio, con lo que la ladinización siguió galopante.

El Salvador nunca tuvo una población africana de consideración, pero sí la hubo y para los parámetros geográficos de las reducidas provincias el número fue significativo. En las labores de la tinta, al estar excluidos formalmente los indígenas, los añileros necesitaron 45 esclavos negros para atender la produc-

ción. Estos comenzaron a aparecer con la colonización y existieron reductos apreciables en las haciendas ganaderas, donde eran pieza clave en el control de los naturales, de los cuales se procuró infructuosamente tenerlos separados, reconcentrándolos en las estancias, pero con libertad de comunicación. Además habían esclavos domésticos en las ciudades. En general fue una esclavitud que tuvo tintes patriarcales.

Es en los siglos del añil cuando los esclavos, procedentes del norte hondureño, aumentaron, llegaron en barcos, y muchos quedaron trabajando en las minas. A las costas del Pacífico bajó una cantidad significativa, a laborar en los obrajes salvadoreños. El resultado fue una multiplicación de los mulatos, pues se mezclaron con indígenas y pronto la prole fue numerosa. En la primera mitad del siglo XVII es cuando más población negra se encuentra en San Salvador, pues en 1625, con motivo de la sublevación de esclavos durante la Semana Santa, se habla de dos mil insurrectos que huyeron a las sierras, pero que pronto fueron domeñados con tropas reforzadas con un pequeño contingente llegado de la Nueva Valladolid de Comavagua. La sangre mulata, aunque muy diluida en el mundo mestizo, perdura en El Salvador con insistencia, su presencia es mayor en los territorios que, en el pasado, fueron grandes centros añileros, tal como la región de San Vicente de Austria, que tuvo la tinta más cotizada.

En 1738, las autoridades españolas permitieron el empleo de indígenas en los obrajes y el añil siguió reinando sin obstáculos, excepto por los problemas del transporte y la demanda, que hacían oscilar los precios en el mercado español y en el de otros países europeos, ya que mucha tinta iba a Francia e Inglaterra. Para regular esos precios y las ferias donde se comerciaba al por mayor, se estableció en 1728 el Real Montepío de Cosecheros de Añil, que tuvo funciones de banco refaccionario, con adelantos de dinero a los añileros para cultivar la hierba y procesarla, como créditos de avío. Pero la realidad es que dichos precios estaban en manos de los grandes comerciantes de Santiago de Guatemala, que funcionaban relacionados con casas importadoras en España, así, en última instancia, era Cádiz la que imponía su voluntad al añil de Centro América. El índigo partía a los barcos de las flotas del Atlántico por los puertos del Caribe; otra parte iba a México por mar o por tierra, en recuas de muías hasta Veracruz, mientras una cantidad se enviaba a Nicaragua, y en Granada era embarcada vía el río San Juan, hasta Portobelo. Mucho añil tomaba la ruta del Perú, en los barcos autorizados.

A finales del XVIII, el comercio se fue liberalizando más y más y el Pacífico vio aumentar el tráfico de embarcaciones. La dinastía de los Borbones trajo a

los reinos españoles de ultramar una nueva administración, racional y efectiva, y más centralizada, con lo que los criollos perdieron parte de sus viejas prerrogativas, enclaustrados en los cabildos. El paisaje de las dos provincias hispano-salvadoreñas había variado con el tiempo, el mestizaje era cada día mayor. Lo mismo ocurría con la ladinización cultural, mucho más cuando Carlos III expidió la real cédula de 1770 con la obligatoriedad del castellano, después de la política bilingüe de los Austria.

San Salvador y Sonsonate eran regiones de tránsito, de intercambio comercial, de producción agrícola y ganadera, a pesar de las extensas selvas tropicales. Sólo las comunidades indígenas a trasmano de los caminos reales y en las serranías podían prever la conservación de su propio y particular mundo, además de los fuertes conglomerados nahua-pipiles de la alcaldía mayor de Sonsonate, donde parecía que la era del cacao les había legado una cohesión que otros no tenían.

En 1785 San Salvador se convierte en intendencia, la primera de Centro América, antecedente directo del actual estado, con una personalidad política y administrativa más acentuada, gracias a las reformas borbónicas. Era un retazo del mundo español con su especial identidad, donde la fuerza de la tierra y el indígena de los milenios bullían bajo la superficie criolla, mestiza y mulata, y bajo el santoral católico en urdimbre con las deidades de la naturaleza en piadoso bordado de religiosidad popular.

En 1761 tuvo lugar en La Trinidad de Sonsonate la fastuosa jura de Carlos III. Con seguridad, ninguna como ésta ha habido en la historia salvadoreña para uno de sus reyes. Fueron dieciséis días de fiesta, teatro, bailes, toros, juegos de cañas, mojigangas y entradas de cofradías a la plaza de Armas, con las noches iluminadas por hachones y fuegos de artificio. Fue todo el espectro del regocijo español, algo que hemos heredado en las fiestas cívicas y religiosas, y tan propio del espíritu hispánico. Los descendientes de los tlaxcaltecas y mexicas del barrio de los Mexicanos de la villa se presentaron como comparsas en la representación de la gran fiesta del Volcán, en la que se simulaba una batalla y el triunfo de Hernán Cortés sobre Moctezuma, como una evocación del triunfo español en la conquista de América. Todos los estamentos estaban unidos en la desbordante sensualidad de la fiesta barroca, y al unísono se divertían y daban rienda suelta a los sentimientos, en olvido momentáneo de la pretendida austeridad de costumbres del estado confesional.

En los documentos relacionados con la jura de Carlos III en La Trinidad se menciona por primera vez el café en El Salvador, el cultivo que en un futuro

no muy lejano se intensificará y llegará a desplazar al añil en el siglo XIX. En 1761 sólo fue cultivado en ínfimas parcelas, como en huertas de conventos.

Pero los aires de la monarquía ilustrada se estaban enturbiando de prisa; el primer motín contra la autoridad del intendente tuvo lugar en San Salvador el 5 de noviembre de 1811, realizado por grupos populares y sus alcaldes de barrios, pero con el tras fondo de criollos que estaban cerrando filas con las corrientes autonómicas del momento. Miguel Hidalgo en México había levantado la bandera de la rebelión armada, Haití ya era independiente de Francia, los Estados Unidos se convertían en un permanente ejemplo de las nuevas corrientes filosóficas y de teoría del estado llevadas a la práctica; Suramérica estaba inquieta y los caudillos combatían, y España estaba destrozada tras las guerras napoleónicas y con la dinastía interrumpida. El meollo del asunto, alrededor de lo cual giraban el abanico de influencias más o menos determinantes, era la antipatía surgida entre criollos y autoridades peninsulares, lo que los Borbones con sus reformas no supieron prever llegara a tal grado. Pero únicamente era el último acto de un sórdido drama que venía desde el siglo XVI, eran resentimientos manifiestos que cualquier incidente detonador exacerbaban. Los españoles peninsulares y los españoles americanos eran una misma alma, pero el entorno había decantado la de los criollos hacia particularidades propias que se expresaban en un ser matizado y en un comportamiento condimentado por el universo vernáculo. Hasta la lengua varió en sus acentos y sintaxis, con un cúmulo de expresiones y palabras surgidas del cosmos indígena. En el caso de El Salvador, el náhuatl está inmerso en el habla coloquial, y con resabios arcaicos hemos modulado a nuestra manera el castellano, con suaves y aterciopelados remilgos provincianos.

En 1821, cada intendencia centroamericana se abrogó una autonomía y un derecho adquirido que había sido fomentado por el liberalismo de las Cortes de Cádiz. Cada una, pasado el período imperial mexicano, se convirtió en estado miembro de la fenecida Federación, excepto Chiapas, que unió su futuro a ese México tan próximo.

El Salvador definió su territorio cuando en 1824 la alcaldía mayor de Sonsonate se separó de Guatemala y se unió a San Salvador, con lo que el nombre de El Salvador, que ya había comenzado a aparecer en documentación de finales del reino, se asumió oficialmente como la denominación del estado, para diferenciarlo de la intendencia sansalvadoreña. El futuro era incierto, el descalabro de la administración española creó una especie

de orfandad desorientada, que costó mucho encauzar. Centro América no pudo mantenerse unida, y hasta nuestros días las manifestaciones acerca de su unión constituyen un ideal, un proyecto que se alimenta de forma irregular y es en general una expresión de angustia.

A lo español se le dió la espalda en los comienzos republicanos, actitud magnificada por el drama de la destrucción casi total del viejo San Salvador colonial a causa del terremoto de 1854, que remata el de 1873. Fueron Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, los países que inspiraron y se tomaron de ejemplo, con lo que la personalidad secular y la identidad se ven aparentemente alteradas, pero sólo es una variación cromática porque seguimos siendo los mismos. Las raíces son fuertes e inamovibles, hay orgullo de casta y raza, la mestiza, la híbrida, la conjunción de lo español con lo indígena, sin dejar de lado los resabios africanos. Ello nos da una particular visión de la existencia, prestancia en la pobreza y enjundia en la adversidad, algo que compartimos con toda Hispanoamérica.

España no fue un dechado de virtudes, ni está libre de errores y equivocaciones en los siglos de sus reinos de ultramar, pero fue obra de hombres y todo lo humano son aciertos y errores, éxitos y fracasos, flaqueza y valentía, y España es lo que nos corre por la sangre. Ella y el indígena condicionan y alimentan la piedra angular del hispanoamericano, sobre la que también otras influencias dejarán su impronta. Hay una sensación nebulosa de destino heroico en nuestros países, un seguir adelante porque concebimos atisbos como de predestinación para grandes obras, un triunfalismo que tantas veces está alejado de la realidad. Y esto que en ocasiones pareciera salir de los capítulos de la misma historia de España, es parte de la herencia.

Es la Hispanoamérica que titubea pero no cede, hecha de contradicciones y contrastes, y es un solo corazón en la diversidad de sus perfiles. Somos como un inmenso retablo barroco, donde cada nicho y camarín, cada panel e imagen, cada florón, balaustre y voluta tienen su propio mensaje y su propio simbolismo. Y en este retablo está el Rostro Frágil, mi pequeño país, El Salvador, con nombre de sencilla ermita a la vera del gran camino hispánico.

Bibliografía

- Barón Castro, Rodolfo, *La población del El Salvador*, San Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, UCA Editores, San Salvador, 1978.
- Browning, David, *El Salvador, la tierra y el hombre*, Ministerio de Educación, Dirección de publicaciones, San Salvador, 1987.
- Lardé y Larín, Jorge, *El Salvador, descubrimiento, conquista y colonización*, Academia Salvadoreña de la Historia, Imprenta Nacional, San Salvador, 1983.
- Recinos, Adrián, *Pedro de Alvarado*, Fondo de Cultura Económica, México D. E, 1952.
- Rubio Sánchez, Manuel, *Historia del puerto de la Santísima Trinidad de Sonsonate*, Universidad de El Salvador, Departamento Editorial, San Salvador, 1977.
- Veira, Bernardo de, *Plausibles fiestas reales*, Imprenta de Sebastián de Arévalos, Santiago de Guatemala, 1762.